

¿Cuáles eran los atributos de estas momias? Las mujeres iban a pedir ser fecundas y las que al contrario, no deseaban tener hijos, les tributaban cuentas, izquiate²⁵, o pinole.

Los intermediarios Diego Manares y María Teurima, respondían a las preguntas. Decían que las palabras salían de la cueva, pero no se distinguía si salían de su boca y que sonaba como que sale de tocomate. Cuando los niños nacían se les llevaba al viejo Manares quien los bañaba, con agua con pinole que se le ofrece a Ruacamé.

El 13 de mayo salió Salcedo con tres soldados y seis indios, el teniente general de la misión de la Mesa, el capitán de guerra de Dolores y otros seis indios a quemar los ídolos; los guiaba Diego Manares. Caminaron 9 leguas de las 8 de la mañana a las 5 de la tarde, llegaron a un sitio de barrancas y acantilados, y preguntaron «¿Hijo dónde está el ídolo?», y les dijo: «Ahí está, ¡sácalo si puedes!» Hubo que amarrar todas las cuerdas y bajar con mucho peligro a unas 30 varas del peñasco. Lo que vieron fue un cadáver medio recortado, aunque encuadrado, pero sus huesos tan roídos que al palparlos se desunieron. Tenía otro cadáver una montera o birretina de manata que llaman en su idioma tlachihuale y debajo de ella una corona de una costilla humana, que le ceñía las sienes; a sus pies una vasija en que se hacía el sacrificio de bañar a los niños, y en que se echaba el pinole.

Encontraron también cinco chacuacos, algunas cuentas de vidrio y aretes en forma de argollas de una pasta que se llama guiscoyole. A los lados estaban las hermanas y dos calaveras con su osamenta, que resultaron los suegros de Manares. El teniente recogió los objetos y prendieron fuego a la cueva.

El 16 de mayo se quemaron públicamente en la misión de Dolores las reliquias de las cuevas; después decidieron arrasar el pueblo y reacomodar a los habitantes, para evitar el retorno a sus antiguos cultos.

El 21 de mayo sacaron a la Virgen María Santísima de los Dolores patrona de la misión y prendieron fuego a la iglesia y al pueblo entero. 40 de las 48 familias se redistribuyeron en los otros pueblos y 8 huyeron a la sierra, después en el pueblo se regó sal para que nada volviera a crecer; todos los recuerdan como el pueblo quemado.

Diego Manares murió dos días después de entregar los ídolos y al decir del documento «aceleró su muerte por un gran disparate que hizo, echándose a

²⁵ A. Molina, Vocabulario de Lengua Castellana y Mexicana, Edit. Porrúa, S. A. México, 1960, pág. 49; «Izquiatl, bebida de maíz tostado y molido». Chacuaqueros.. «Marcela de Yxcatlán, y su marido que era sacerdote sahumaban a los enfermos con tabaco macuche, quemado en chacuacos, para que sanaran por este supersticioso medio.. (chachuacos son unas pipas de barro de una octava de largo), también era sinónimo de curandero o mitotero. Documento del A. H. J.

dormir sudado y metidos los pies en agua», pero los indios decían que murió por los azotes que le dieron. Las autoridades virreinales se escandalizaron de las medidas tomadas y sugirieron que en adelante no fuera tan extremos, pues era mejor convertirlos con amor y suavidad permanente.

Los chacuaqueros del Nayar

A decir de los misioneros, cuando moría alguno de ellos, a los cinco días «pagaban a uno o dos hechiceros, para que sus conjuros ahuyentaran aquella imaginada sombra que les sobresaltaba. Entraban estos a la casa del difunto con las pipas, humeando por toda la casa, y con unas ramas de un árbol, que llaman zapot iban espantando por todos los rincones, hasta que (como ellos persuadían a los caseros), encontraban aquel soñado asombro y le conjuraban para que se fuera al lugar de su descanso».

La momia de la misión de Santísimo Rosario

Esta misión fue cambiada de sitio, pues en 1777, cuando se hace la visita, se habla de que «antiguamente se llamó el Viejo Rosario: me dice haber sido la causa de dicha traslación las más embraveces, de que asimismo se seguían muchas muertes»²⁶.

En este sitio hay memoria de una india nombrada Virma «que con diabólicos fraudes, le dio entre los demás de muy milagrosa; por lo que después de muerta, no sólo le rindieron sus devotos muchas oblacones, y sacrificios, sino que la colocaron en uno de sus dichos oratorios adorándola como la diosa Virma, cuyo título traducido de la lengua Cora, a nuestro castellano, suena lo mismo que la Virgen María. Esta puesta tan venerada reliquia, para sus devotos el año 72 (1772) cierto religioso que en la actualidad era Misionero de la Mesa, sacó a la dicha de su oratorio, o cueva de unos temibles precipicios, o despeñaderos para ejecutar, en la dicha lo que se debía en correspondencia de sus engaños».

Debemos suponer que fue incinerada.

«El vestido de la dicha se componía de unas naguillas y un jolotoncillo en el modo, y estilo de la antigüedad, en algunos... tenía las naguillas hasta la media pierna, de variedad de colores, cuyo tejido, o artefacto a la manera

²⁶ *Manuscritos de la Biblioteca Nacional de México, T. I., pág. 223.*

que hemos visto en algunas ciudades, algunas redecillas o puntas de mantos... en el cuello tenía variedad de cuentas de diversas figuras y colores, y en el mismo modo en las pulseras de las manos».

Conclusiones

Es evidente que existía la tradición de poner en cuevas a los que fallecían, diferenciando las cuevas de un cementerio común a un adoratorio. Sin embargo, la calidad de la momificación en una cueva oratorio se adquiría por la divinización solar, representada en un muerto especial: origen, sacerdote o líder. Siendo para ellos igualmente importante guardar la memoria de un señor valiente, un sacerdote o sacerdotisa como Virma, o a lo mejor, la trilogía humanizada representada en las tres momias de la cueva de la Misión de Dolores. Si eran momias o no, es difícil de saberlo, aunque es casi seguro que sufrieran la desmineralización natural, pero positiva.

La geografía no sólo ayudó, sino que más bien exigió el uso de las cuevas. Cada pueblo-misión tuvo sus propios adoratorios, sus propias momias, y los misioneros no terminaban nunca su labor extenuante tanto por la localización, como por el menor descuido o abandono que significaba una demanda de búsqueda permanente de los adoratorios muchos de los cuales deben de permanecer ocultos a nuestros ciegos ojos occidentalizados, por el tiempo y el espacio. Parecería que la sacerdotisa Virma fue parte de la idolatría ya en tiempos posteriores a la conquista y por eso adquirió la denominación de la Virgen María, o bien que, por similitud en la tradición, la identificaron con la nueva devoción.

La otra situación colonial interesantísima resulta ser la discusión sobre el Gran Nayar, entre los teólogos, pues si bien el argumento era que como no había vivido en tiempos de la cristianización no merecía ser quemado en la hoguera como hereje, pero la necesidad de teatralidad pesó más que la ideología y la lógica.

Por último quiero insistir en la necesidad de realizar una fase de trabajo de campo para poder confirmar si son o no momias nuestros antepasados. La resistencia cultural de estos grupos es innegable, pero yo pensaría al revisar el trabajo sobre Arequipa, si no hubiera habido siglos de negligencia por parte de los misioneros y de los curas, un cierto desgaste: después de trescientos años los franciscanos dejarían pasar por alto muchas herejías, habiendo llegado a una amable convivencia de tolerancia; mientras que los jesuitas, en vilo estos años, sí debían mostrar su eficiencia como misioneros.

Por estos documentos podemos hablar por lo menos de cinco momias, cuyos cuerpos recién fallecidos fueron colocados sentados en sillas, vestidos y adornados con sus insignias reales, cubiertos de telas hermosas (no sabemos cada cuantos meses le ponían una más), y puestos en una cueva adoratorio, localizada en determinados sitios: «escogían los más ocultos y ásperos parajes, que muy a su intento, los ofrece frecuentes la tierra por su natural aspereza»²⁷.

Es probable que la momia que enviaron hasta la ciudad de México para formar parte del espectáculo conocido como «Auto de Fe», de 1723, fuera el Gran Nayari, y Rucame, Bigunde, y Carcamme fueran otros antepasados más antiguos, los cuales ya estaban integrados a la mitología cora. La descripción de los elementos que la vestían servirá para los futuros estudios de bultos funerarios que se realicen dentro del proyecto. Las pipas o chacuacos siguen siendo objeto de curación entre muchos grupos nativos o no, así como el uso del tabaco para sahumar, limpiar, ahumar y curar. Sacerdotes, sanadores y guías formaban un grupo muy consistente que tenía poderes dados por el dios más importante del panteón cora, el Sol.

Al estar buscando materiales sobre México, el arqueólogo Adrián Velázquez me facilitó un artículo sobre una momia de antepasados en Arequipa, Perú, que fue estudiada por Franck Salomon²⁸, y su similitud, tanto del suceso, como de las fechas, sirven para comparar lo que sucedía en dos espacios coloniales.

²⁷ U. Covarrubias, Op. cit., pág. 326.

²⁸ F. Salomon, «Ancestor cults and resistance to the state in Arequipa, ca. 1748-1751», En S. Stein, Edit *Resistant rebellion and consciousness in the Andean peasant world*, Madison; Wisconsin, 1987.